

EL CONQUISTADOR

Daniel Abate

Texto

Juan María Fernández

Fotos

Victoria Egurza

Trabajó en galerías de arte en México y en Nueva York. En 2004, abrió su propio espacio en Buenos Aires, desde donde impulsó a una nueva generación de artistas. En esta entrevista, defiende su modo de entender el arte y critica al mercado. “Pretendo que el arte sea para todo el mundo”, dice.

Daniel Abate dice que las cosas importantes en la vida suceden por casualidad. Así, al menos, ingresó en el mundo del arte.

Cuando terminó el colegio, Abate comenzó a estudiar Derecho en la Universidad Católica Argentina, siguiendo un mandato familiar. Después de unos años, decidió dejar la carrera, lo que le valió una fuerte discusión con sus padres. Buscó refugio en la casa de su abuela, quien le recomendó que hiciera un viaje para despejar la mente y le ofreció dinero. Así, con poco más de 20 años, Abate llegó a México. En el Distrito Federal, más precisamente en el Palacio Nacional, descubrió a Diego Rivera y quedó fascinado por su trabajo. Ése, podría decirse, fue el primer vínculo directo que estableció con el arte.

Unos días después, conoció a un coleccionista y, luego de ayudarlo a vender una obra, recibió una jugosa comisión que le permitió instalarse en México. En poco tiempo, Abate no sólo tuvo la posibilidad de conocer el mercado del arte internacional, sino que recorrió las ferias más importantes del mundo. A fines de 2001, después de trabajar durante un año en la galería de Barquet en Nueva York, decidió volver a Argentina. Una vez en Buenos Aires, Abate empezó a estudiar arte y se inscribió en el taller de Diana Aisenberg. De a poco, fue metiéndose en el circuito local, hasta que abrió su propio espacio.

“Cuando creé la galería, le di lugar a un montón de artistas que nadie valoraba. Entre ellos había gente como Flavia Da Rin o Carlos Huffman. Con el correr del tiempo, se hicieron muy famosos y esa estética que nadie quería ver se fue diseminando como un virus”, dice Abate. “La galería se convirtió en una plataforma de lanzamiento. Cada artista es único; busco verdaderas perlas. Mostrar algo nuevo no es fácil, pero resulta muy gratificante. Me gusta el espíritu lúdico del arte y poder concretar los sueños de los artistas. El arte es el lugar donde todo es posible”.

¿Cómo reconocés a un artista nuevo que tiene posibilidades de desarrollar una carrera?

Tengo que ver algo en él. Puede ser cierta sensibilidad o ciertas particularidades en las formas y el lenguaje que utiliza. La galería está muy vinculada a mí, a una búsqueda personal. De alguna manera, hay algo de mí en cada uno de los artistas con los que trabajo. Con todos comparto un espacio singular. Siempre sentí que el vínculo con los artistas es muy importante.

¿Es difícil imponer una nueva figura en el circuito artístico?

La gente quiere siempre más de lo mismo. Es una actitud que aplaca a los artistas reales y expulsa a todos los sensibles que dan la vida por el arte y hacen obra silenciosamente. Alejan al artista de la obra.

¿Hay galerías dispuestas a correr riesgos?

No hay mucha gente que tenga ese nivel de compromiso con el arte. En ese sentido, eme siento un poco solo. Las galerías nueva hacen muestras con artistas que ya hicieron 50 exposiciones. ¡Ponete las pilas! Hay que tomar un artista nuevo y moverlo. Después de todo, ese artista que conociste en otra galería nunca va a ser tuyo. Es un juego que nunca me interesó jugar.

¿Qué opinás del mercado del arte?

El mercado del arte es muy corrupto, muy mañoso. La gente compra obras de un artista porque alguien lo recomienda. El tema es que para que alguien recomiende a un artista, suceden muchas cosas. Yo nunca transé, nunca entré en ese juego. Por un lado, hay una maña corporativizada. Por otro, un montón de galerías que se agrupan para combatir al primer grupo. Al juntarse, terminan formando una especie de sindicato, y eso tampoco me interesa. Por último, están los que sólo piensan en la manera de aumentar los precios de sus obras, pero que no tienen interés en el arte. Yo no entro en ningún modelo. Tengo una visión justiciera del arte. Así, uno se va quedando medio solo [risas].

¿En los últimos años, el arte parecido estrechar su vínculo con grandes compañías. ¿Qué opinás acerca de este fenómeno?

Ése es un vínculo viejísimo. Muchas veces estuve relacionad con proyectos de este tipo. Siempre que el artista esté dispuesto a hacer lo necesario para entrar en la estructura de las empresas, me parece genial. Si no, no. En general, los gerentes de marketing quieren que la marca tenga un Pavel importante en el evento y el artista quiere lo contrario. Ése es el problema. En esos casos, trabajo como mediador. Hay que tener cintura para encontrar un punto medio que deje conforme tanto al artista como a la empresa. Personalmente, me encanta trabajar con empresa porque cumplen con lo que prometen. Por otro lado, están los lobbistas. Me refiero a artistas que, desde que se levantan a la mañana , están viendo con quién les conviene hablar y a qué evento tiene que ir para ser vistos. Está lleno de gente así. Cada vez son más.

¿Eso va en detrimento del arte?

Creo que hay espacio para todos, así que cada uno puede ocupar su lugar sin molestar al otro. Pero me encanta defender el trabajo digno del artista. Me interesa que el pibe que pueda acostarse y levantarse pensando sólo en su obra. Por eso, es importante que el galerista forme una dupla perfecta con el artista. Así surge el arte.

¿Te parece que eso ya no sucede con frecuencia?

Los artistas reales están cada vez más lejos del circuito porque el sistema plantea otra cosa. El sistema propone una modelo tomando champagne en un evento y colgar en su casa el cuadro que vio en casa de otro. De esa manera, esas personas sienten que pertenecen a un grupo. Se forma una especie de club que puede estar muy bueno, pero que no me interesa. Tengo una vida propia, así que no necesito más actividades. Después de trabajar, quier llegar a mí casa, hacer mi vida y estar con mi amigos. En el arte hay muchas soledades. De hecho, para tener una carrera bárbara, es mejor estar solo. La gente sola

está más disponible. Ése es el club del arte. Si tenés una vida, no entrás.

En 2010 tuviste un programa de televisión que se llamaba El club del arte. ¿Así surgió el nombre del programa?

Sí. El club del arte parodiaba todo eso. Es un universo que funciona de la misma manera acá y en todo el mundo. Por eso, decidí que no iba a salir más del país. El sistema no me lo permite. No es que tenga buenos artistas, sino que hoy cualquiera puede ir a una feria. Antes, tenías que tener cierto nivel. En la actualidad, basta con tener guita. Las ferias y ano son un lugar de legitimación.

¿Cómo nació la idea de hacer el programa?

Cinco años atrás, quise hacer un programa de televisión en ArteBA. Era una especie de American Idol del arte, pero por diferentes cuestiones nunca lo puede hacer. Un día, le conté el proyecto al coleccionista Gabriel Werthein y él se entusiasmó con la idea de hacer un programa. En las primeras temporadas de El club del arte participamos un artista (Ruy Krygier), un coleccionista (Werthein) y un galerista (yo). Lo emitía El Trece y lo veían como 500.000 personas. Fue algo muy loco. El problema es que se nos iba mucha guita y nunca cerraban los números. Ahora vamos a retomar el programa, aunque sin Gabriel y, seguramente, con otro formato. Estoy feliz porque me encanta hacerlo.

De alguna manera, el programa busca acercar el arte a la gente ¿no es cierto?

Pretendo que el arte sea para todo el mundo, que sea un modo de vida. Cuando traje al país al artista inglés Tony Cragg, quise exponer su trabajo en un lugar público donde todo el mundo pudiera verlo, donde los artistas pudieran acercarse a las obras. Uno hace esas cosas porque le interesa el arte: no fue un negocio. Por eso me molesta cuando la política se mete en el arte y todo se define a través de contactos o amigos. Entonces empieza a meterse gente que no sabe un pomo y las salas dejan de ser lo que eran. Mi utopía es dar vuelta todo eso.

¿Creés que a veces el arte se aleja de la gente?

Los artistas invitan al público; son los curadores los que expulsan al público. Muchos curadores sólo quieren demostrar el poder que tienen, pero no les importa la obra ni el artista. Por otro lado, odio a los artistas que utilizan mecanismos súper complejos para hablar de algo. No los entiendo. Deshumanizan la obra, le quitan el aura. Mi utopía es darle un giro al medio. Y nunca olvido que estamos en Buenos Aires, que esto no es Nueva York. Me interesa encontrar a los artistas genuinos locales, no a los que quieren ser como los del extranjero. Ése es el cambio que busco.

¿Qué lugar ocupan las galerías en la relación con el público general?

Hay todo tipo de galerías. Hay algunas que funcionan como puerta de entrada y que reciben a quienes recién están entrando en el mundo del arte. Después, a medida que uno se va metiendo y profundizando su búsqueda, va descubriendo otras cosas. Eso es lo maravilloso. Así, uno pasa de una galería a otra hasta llegar a donde tiene que llegar. Las muestras que hago en mi galería se abren al público solo el día de la inauguración. Después, si querés algo, me llamás por teléfono, concertamos una entrevista y nos reunimos para que puedas comprar. Supongo que por eso estoy solo [risas]. Es que creo que la galería no tiene que convertirse en una especie de museo, donde la gente va a ver obras. Las galerías están para otra cosa.

¿Qué papel deberían cumplir las galerías, en tu opinión?

Es un tema para reflexionar. Uno no puede tener una galería como las del año 1800, cuando los galeristas armaban una muestra e invitaban a sus amigos para que compren obras. Todo el tiempo estoy buscando el nuevo rol de los galeristas. Por lo pronto, estoy seguro de que nuestro papel no es ir a ferias internacionales y salir como un vendedor de alfombras. Además de vender obras, hay que sostener a los artistas. Por eso, lo que más me interesa es el vínculo, el encuentro que establezco con ellos. Quisiera encontrar más gente que defienda esta forma de trabajar.

Más información:

www.abategaleria.com

REVISTA G7. No. 94. ISSN 1666-5929. Buenos Aires, Argentina. S/P.